LAS/12

MIRADA DE MUJERES EN PAGINA/12
12 DE ABRIL DE 2002
AÑO 4 N° 209

Fito Páez, privadísimo
Secretos de una catadora de té
Mudanzas forzadas por la crisis





SEXUALIDAD

EL GRUPAL

"Sexo grupal" suele decírsele ahora a lo que desde la antigüedad se conoce como orgía. Una vez traspuesto el límite de los dos integrantes de una pareja, hay varias opciones, cada una de ellas con códigos, especialistas y hasta organizadores que se ocupan de que no falte la bebida, pero tampoco las medialunas del desayuno.

POR MARTA DILLON

La organización exige tiempo y esfuerzo. Entre siete y diez días son necesarios para tejer las redes que harán seguro el abismo de una orgía. O de "un grupal", como suelen llamar los iniciados a esa práctica en la que pueden enredarse hasta 40 personas, sumidas en el murmullo de ayes y gemidos, en el chapoteo de los fluidos, el deslizarse del látex, la confusión de las manos, las piernas, lo cóncavo y lo convexo. Cuarenta es un número posible, al menos está anotado en la experiencia de Hugo, un hombre maduro y voluminoso, que esta misma noche verá concretarse eso por lo que estuvo trabajando toda la semana. Julie y Andrés lo acompañan en los trámites previos al encuentro. Los tres están en la cocina de una vieja casa de Partenal convertida en club de encuentros sexuales. Es una cocina común, con la pintura algo derruida, la mesa de fórmica, las sillas de aluminio, la luz desnuda de una bombita eléctrica. El televisor está prendido, como en tantas otras cocinas, sólo que el zapping enseña las mil y una posibilidades de los cuerpos cuando se entregan al estímulo de los genitales, siendo rubio/a y siliconado/a, tal como lo exige el porno del primer mundo. Pero ellos no miran la tele, la dejan correr, nada más. Están atentos al teléfono, el primer filtro que tamiza a los interesados en participar en "el grupal". La dificultad, como siempre, es el equilibrio. Hay que asegurarse un número de mujeres digno frente a los siempre dispuestos varones heterosexuales. Estamos hablando de orgías de este tipo y las cosas tienen que quedar claras desde el principio: ni drogas, ni violencia, ni homosexualidad masculina. Con las mujeres es distinto, a ellas se les permite todo y los organizadores, incluso, hacen estadísticas. Hablan de un 90 por ciento de ellas dispuestas a entregarse a la bisexualidad sin complejo alguno. Por lo demás, la organización exige lo que cualquier fiesta: bebida abundante, pero sin excesos, algún bocadillo para los entretiempos, un lugar acorde que en este caso está asegurado y, eso sí, preservativos. Muchos preservativos. Veinte personas dedicadas al placer mutuo y simultáneo requerirán no menos de cien condones de buena calidad.

Hugo está orgulloso de su nidito de amor en masa.

Ha sido habitué durante cuatro años de otros "boliches" en los que el sexo explícito no sólo está permitido sino que es la clave de su existencia. Pero quería tener el suyo. El primer piso de la agrupación vecinal que dirige en El Palomar ya no era funcional para sus encuentros, aunque le ha dado múltiples satisfacciones. Es un anfitrión nato y le gusta hacer sentir bien a sus invitados, incluso ofrecerles alguna sorpresa. Como aquella vez que se juntaron veinte parejas "y terminamos a las seis de la mañana, en bolas, haciendo tortas fritas". Durante el día le había pedido a "los muchachos de la agrupación" que amasaran, puso los bollos en el freezer y silenció las protestas de las mujeres cuando propuso la bacanal después de la bacanal. "¡Claro! Las minas no querían saber nada cuando les dije, creían que tenían que amasar, más ellas, que después tienen que limpiar. Pero las tenía ahí, listas y las hice yo mismo." La idea de Tu Club, ese lugar que abrió en Paternal, es justamente ésa, dar lo que otros boliches no dan. Un precio accesible –30 pesos "el (hombre) solo", con canilla libre; y 20 la pareja, en las mismas condiciones– y algunos extras. "El otro día, por ejemplo, hice una pata de jamón, enterita, a la parrilla y después les tiro unos sanguchitos, para que repongan fuerzas –hay que entender que hombres y mujeres suben y bajan de su propia cima más de una vez como obedientes y esforzados escaladores–. Y a la mañana, tipo seis o siete, les sirvo el desayuno, facturas calentitas con café con leche bien hecho. Atender bien a la gente no cuesta nada." Este hombre entiende perfectamente los ritos de hospitalidad sexual de los esquimales o de algunas tribus en Oceanía. Pero ninguna ofrenda lo es totalmente sin comida. Es un hombre de gran tamaño, hay que decirlo, uno de sus verbos favoritos, seguro, es comer. Aunque también podría escribirse con g. En la semipenumbra de su bar, ubicado en la nada sutil calle Dickman –*dick* en inglés es lo que polla en castizo moderno– y lindante a una fábrica de hostias (!), se hace difícil imaginar el tránsito de los cuerpos. Es que el secreto está en el fondo: dos dormitorios vacíos con la única excepción de una cama matrimonial tamaño king y edredones elegibles en cualquier shopping. Allí es donde sucede todo. En el primero se puede entrar aunque la puerta esté cerrada. En el segundo, con una única luz negra, hay que tener acuerdo para entrar, las vacantes son limitadas. "Porque ahí pasa de todo, pero de todo, de todo", dice Hugo con un guiño en el que hay que entender que allí los hombres también se disfrutan mutuamente, algo que, como dijimos, no está permitido en "el grupal" convencional. Hay un detalle más en el salón central de Tu Club, algo en lo que Hugo ha puesto grandes expectativas: un inmenso hogar a leña con campana de metal que no sólo da la calidez necesaria para el invierno sino que además promueve situaciones. "Las chicas vienen, arriman un quebracho...", sugiere Hugo, dando por sobreentendido que en ese acto ellas erguirán la grupa, tentando así a sus eventuales compañeros. Esos pequeños gestos, como casi todo lo demás entre quienes conocen las ventajas y desventajas de la orgía organizada, son una cuestión de códigos. Sus particulares códigos.

"De las miradas lánguidas

los indios pasaban, sin transición, al toqueteo. Había quienes se estiraban en el suelo como para descansar, arrastrando consigo a sus vecinos, que, blandos, se dejaban llevar, había quienes se abrían como flores o como bestias, quienes se paseaban buscando, entre la multitud, el objeto adecuado a su imaginación, con la minuciosidad descabellada del que quiere hacer coincidir, como si estuviesen hechos de la misma pasta, lo interno y lo externo." El texto es un fragmento de *El Entenado*, la novela de Juan José Saer en la que se describe la orgía a la que, imagina, se entregaban los indios de la Cuenca del Plata cada vez que comían carne humana. Un ejemplo local de la utilización de la orgía como un ritual religioso, generalmente dedicado a la celebración de la naturaleza, la fertilidad, la cosecha, en más de una cultura antigua. "Una ventana mística", en palabras de Bataille, una vía de acceso a estados de conciencia alterados, alentados muchas veces por alucinógenos –como en la celebración de los misterios dionisíacos en la antigua Grecia, o en las orgías que emularon los *beatniks* en la década del '60–, o simplemente por la visión de los cuerpos desarticulados que se buscan por partes, recortados, entreverados. Las orgías que se organizan en Buenos Aires como perfectas puestas en escena no quieren nada más allá de los cuerpos. Pero esa intimidad, esa búsqueda de alguna catacumba que los proteja (en Floresta o en Paternal), creer que van más allá que el resto, les da a los participantes asiduos un sentido de pertenencia similar al de la tribu. Ellos se reconocen en la calle, con unas cuantas palabras clave sabrán que pueden hablar sin pudor e incluso invitarse para el próximo encuentro. Conocen los *códigos*, una palabra fundamental, aunque intangible y variable de grupo en grupo. Fiama, una mujer de 33, madre de una hija y orgullosa esposa de un "superdotado humilde", no está de acuerdo. Para ella, el sinónimo de código es respeto. "Se trata de entender lo que desea el otro, de no avanzar más allá, de ser cuidadoso." Otros, como Daniel y Beatriz, editores de la revista *Entre Nosotros* –o sea quienes disfrutan de las combinaciones sexuales que se pueden dar cuando intervienen más de dos–, se animan a ordenar esos gestos que forman el



código. En su revista ofrecen verdaderos manuales sobre el comportamiento adecuado en "un grupal": "Si por alguna razón alguien que no es deseado se nos acerca y nos toca (...), sólo basta con mover delicadamente la parte del cuerpo que se nos está acariciando de manera que él o ella entiendan que no deseamos continuar con el juego. Ahora bien, desestimar el inicio de un juego que sabemos terminará en penetración es una cosa, evitar ser en todo caso tocado es otra". Las cosas claras, como se ve, conservan la amistad y si uno se introdujo en el magma de cuerpos puede elegir, pero nunca tanto. Hay otro detalle: no se puede confundir "el grupal" con un mero intercambio de parejas, por eso la revista *Entre Nosotros* aconseja "como dato final: nunca se retiren con otra pareja de una reunión al poco tiempo de haber entrado, porque todos sabrán que fueron a pescar parejas. Esa es sin duda una actitud poco respetuosa y no les hará quedar bien para futuro". Pertenecer tiene sus privilegios, y sus obligaciones.

"La orgía es como el mar: entrás, salís, te tirás a tomar sol." Cuando quiere, Víctor Maytland puede ser un poeta. El se sitúa al margen, organiza encuentros como propietario, junto a su socio Matías, de la revista *Atracción Sexual*, pero no participa. Es, en todo caso, quien sirve las bebidas, provee los preservativos o alcanza un tentempié de jamón y queso. "Cuando conocés la cocina, ya no te pasa nada, ni siquiera nos erectamos –ellos, Víctor y Matías, no sus órganos–; el sexo grupal es demasiado elaborado para mí. Además ves a los tipos tan preocupados por erectarse –los tipos– que te das cuenta de que no disfrutan." Y a Víctor no le gusta "provocarse", quiere que la sangre acuda a su entrepierna sin necesidad de estimulación manual, como hace "el 80 por ciento de los hombres". Igual que las ocho personas entrevistadas, Víctor desgrana conclusiones diciendo que justo estuvo hablando de ello más temprano. "En estas cosas se arranca por el espejo, al que le gusta mirarse en un espejo, le va a gustar un grupal. El problema es que miran muchas películas y las porno no son buenas enseñanzas. Ahí está todo bárbaro porque no ven la otra parte, minas molestas, tipos que –otra vez– no se erectan", y lo dice con conocimiento de causa. El es el único y más reconocido director de películas porno nacionales y autor del primer reality show de sexo explícito ¡del mundo! Si de algo puede hablar Víctor es de las costumbres sexuales de Buenos Aires más allá de la pareja. "Nosotros rompemos mitos, porque los que se dicen swingers, que dicen que tienen códigos muy estructurados, que sólo de cuatro, es mentira, en todos los boliches se arman quilombos. Había uno, Cleopatra, que hasta a mí me impresionaba, se decían: 'Hola, mucho gusto', y se ponían en bolas." Entre los almohadones de ese lugar llegaban a mezclarse más de cincuenta cuerpos ansiosos y mojados por diversos fluidos. Víctor describe las acrobacias en grupo como quien, ya cansado, se ha sentado sobre una piedra a observar el devenir del tiempo. Dice que los pruritos son mentiras, que muchos hombres se hacen acompañar por mujeres que cobran por ello "sólo para ligar por canje". Pero desde otro lugar, Hugo, con sus 49 años y su experiencia, lo pone en duda: "El gato es como el negro, siempre destiñe". En lo que acuerdan los dos es en la ausencia de drogas –"si te drogás, no funcionás; y si estás pasado de alcohol, te echan flit"–, de violencia y de "homosexuales masculinos". Pero, como las brujas, todos susurran que los hay, aunque ni ellos lo sepan amparados en añejos matrimonios. "Lo que pasa es que no se puede, porque todos los tipos entramos con miedo. Yo, la primera vez, me apoyaba en las paredes porque pensaba: 'En este quilombo me la ponen'", dice Andrés, de 35, el marido y primer hombre de Julie, con quien se casó hace diez, cuando ella tenía sólo 15.



Fiama es una mujer decidida. Tiene una voz finita y sibilante que usa todo el tiempo para hacer propuestas indecentes, una de sus mayores diversiones es asustar a los no iniciados. Su debut en actividades grupales fue poco convencional: se dejó llevar por una fantasía antigua, nacida al calor de la represión de su madre que la acompañaba hasta a los bailes –porque según ella los tipos "podían hacértelo ahí, de parados"–, y contestó un aviso que pedía actrices para películas pornográficas. "Fui y me preguntaron qué me animaría a hacer. Yo les dije: 'Bueno, que quería hacer algo poco convencional, algo que no se había hecho'." Su fantasía era ser protagonista de un *gang bang*, lo que quiere decir ser la única mujer entre muchos hombres que quieren tener sexo con ella. "Le pedí quince hombres y me consiguió doce. Al principio estaban sorprendidos, me decían que no me iban a pagar por cantidad de hombres sino por tiempo, y no era por plata que lo proponía." La experiencia no fue lo que ella buscaba, de los doce sólo dos pudieron penetrarla, el resto se dedicó a las manualidades. Igual ella consiguió ver, entre todos, algo mejor: un marido, Héctor, de quien todavía se considera admiradora de sus atributos físicos. Y aunque cada vez que puede se anota para volver a filmar, en privado también se dedica a los grupos. Pero, eso sí, grupos reducidos, su ideal son los tríos. "Somos cazadores de víctimas incautas", se confiesan Héctor –un cruzado en apoyo de la pornografía nacional– y Fiama. ¿De qué se trata? "Por ejemplo, la otra vez, Héctor se encontró con un amigo al que no veía hace veinte años y lo invitó a casa. Cuando llegó, le dijo: 'Mirá lo que tengo para vos'. Era yo, desnuda, boca abajo, tapada con una sábana. Le dijo que me toque y no sabés, le temblaban las manos al pobre." La historia resultó tan bien que tres días más tarde el amigo llamó pidiendo una segunda vuelta, desde entonces no había podido dormir pensando en su experiencia. Mientras Fiama almuerza lo que amorosamente le preparó su marido, trata de clasificar a los que se dan a los juegos de grupo, sentando claramente la preferencia de la pareja por quienes tienen "buena onda, los del palo, los que comparten todo" y, por supuesto, por eso que llaman "víctimas". "Están los que tienen un pequeño morbo y recurren a gente arancelada por el diario. Son casos de emergencia, calenturas del momento." Y en el peor escalón del ranking sitúan al "típico machista porteño pelotudo, ese que cree que puede hacer de todo, pero a su mujer no se la pueden tocar. Esos son los que llevan a sus parejas presionadas y encima siempre quieren estar con dos mujeres, para no arriesgarse". Ellos mismos se anotan entre los discretos que gustan esperar la ocasión para organizar un trío y hasta un intercambio de parejas, aunque sólo una vez resultó como esperaban porque otras dos veces Fiama "se quedó con hambre". A una marea de cuerpos no entran más que cuando filman, la cantidad los abruma, la pérdida de control no les interesa. Ellos quieren ser entrenadores de no iniciados, dirigir la escena y no abandonarse a ella. "Además, me causa rechazo el olor; la primera vez que fui a un grupo parecía un trencito eso, era una pescadería."

Julie es menudita y agradable, tiene un flequillo lacio que casi le tapa los ojos y confiesa que miente en casi todas las notas, menos en ésta. ¿Por qué habría que creerle, entonces? "Porque esto te lo digo a vos, entre mujeres. Además, sólo miento en televisión." Claro que su experiencia en la pantalla es vasta, llegó hasta "El show de Cristina", en Miami, en donde se presentó desnuda para completo espanto de su familia con la que, por suerte, ya arregló sus cuitas. Dice que pasaron años desde que apareció la fantasía del grupo hasta que se decidió a concretarla. Y que la primera vez fue horrible. "Celos, mal", elige, como única definición. Por eso la mayor parte de los tríos los prefiere con su marido y con otro hombre. Y él acepta complacido, porque, según Andrés, las chicas son las que mandan y las que definen. "Te diría que hacemos un grupal dos veces por mes, y en un mes bueno. Porque a mí no me gusta relegar mis cosas por esto, es un gustito que nos damos, pero en su justa medida." Sentada entre Hugo y Andrés, tomando apenas un traguito de cerveza porque ya es tarde y no hay riesgo de emborracharse, asume, igual que sus compañeros, que en "esto hay siempre una suma de inseguridades". Por eso jamás estaría con una de "esas que se creen leonas, ni con un tipo soberbio, con nadie que me quiera tapar". No hay demasiadas exigencias estéticas, la ventaja del "grupal" es que todo el mundo recibe lo suyo en el alegre montón. "Además, siempre hay mucha gente para elegir y todos saben a lo que van, es fácil hablar tranquilo porque somos todos iguales." En resumen, una práctica auténticamente democrática en la que se pueden usar salidas de emergencia. "No podés decir que con alguien no lo harías ni loca, pero te podés ir al baño, o decir que te acabás de indisponer", claro que hay que hacerlo con elegancia. "Lo que a mí me gusta, además, es encontrarnos con la gente y no hacer nada, ser amigos, compartir la plaza con los chicos, porque así te das cuenta de la buena onda." De la misma manera que disfrutan de los momentos de relajo de la gimnasia grupal, cuando pueden hablar y reírse, incluso de sí mismos. Para una buena distensión, Hugo tiene sus servicios: ducha, patio con mesas en las que sirve el desayuno o la comida y una pileta en la terraza. Como la fábrica de hostias sólo funciona hasta las tres de la tarde, el que lo desea puede bañarse en la Pelopincho sin traje de baño, "han pasado aquí días enteros tomando sol en bolas", acota Hugo. Esos momentos no son para los predadores de esta especie, esos que llaman aprovechadores porque se ocultan en el grupo para cazar, mujeres en el caso de las lesbianas y hombres en el caso de los gays. No es que los rechacen, para nada, el problema es que saquen ventaja de sus juegos, como si hubiera en ellos algo que no pueden encontrar en otro lado. Sin duda, quienes se organizan para compartir sus cuerpos se sienten poseedores de bellísimas joyas, y aunque está permitido mirar y no participar, una vez que se entró en la marea hay que estar dispuesto a compartirlo todo. Es una cuestión de códigos. Aceptarlos es toda una decisión.

> Las orgías que se organizan en Buenos Aires como perfectas puestas en escena no quieren nada más allá de los cuerpos. Pero esa intimidad, esa búsqueda de alguna catacumba (en Paternal o en Floresta), creer que van más allá que el resto, les otorga a los participantes asiduos un sentido de pertenencia similar al de la tribu.

TAPA: ROS FOTOS: CECILIA SALAS



POLITICA

Ecos de Monterrey

POR LUCÍA ALBERTI

Caminar las calles de Monterrey fue una experiencia sumamente agradable. La gente es amable, cálida y acogedora. El estado de Nuevo León alberga un foco importantísimo de desarrollo cultural y académico, lo cual se nota a simple vista en esa pujante ciudad. Además, ¿quién puede sustraerse al encanto que irradia México de una u otra manera y sea en el distrito que sea?

La Conferencia de Financiación para el Desarrollo Sustentable con Equidad convocó a más de 50 países en Monterrey y a cientos de organizaciones de la sociedad, para participar del Foro de ONG correspondiente, el cual se llevó a cabo en la "Fundidora", lugar muy considerado en el afecto de sus habitantes, porque fue el corazón de la fundición de hierro mexicano, que durante gran parte del siglo pasado se constituyó en uno de los sustentos primordiales del país.

A la luz de los acontecimientos que le siguieron, tanto al Foro como a la Conferencia, podemos asegurar que su más alta repercusión fue lograda por la ola de rumores de diversa índole que la precedió y la acompañó en todo su trayecto. Si concurría el presidente de EE.UU. o no concurría, si Fidel Castro llegaba o no llegaba. Si sería considerado o no el aumento de la ayuda para los países más empobrecidos. Si la tasa especial a las transacciones financieras tendría alguna cabida. Si sería escuchada la Argentina o sólo se recibirían sus reclamos sin que se abriera ninguna compuerta, en medio de un evento muy discursivo. Así sucesivamente se encimaban los comentarios y trascendidos. Seguramente toda esa ola de murmullos contribuía a incorporar un cierto valor agregado a la misma Conferencia.

Pero los más fuertes y persistentes trazados gruesos lo ponía el articulado bombardeo de rumores previniendo por los posibles destrozos y acciones de los llamados globalifóbicos, lo cual se convirtió en una verdadera contrafobia respecto de cualquier reclamo por justo que fuera. Casi podríamos aseverar que era la auténtica fobia que circulaba insistentemente, de modo tal que quienes proveníamos de países castigados por el modelo neoliberal a ultranza, aplicado desde hace demasiados años, sentíamos que esa contrafobia o verdadera fobia nos estaba incluyendo para menguar nuestras propuestas y opiniones. A tal punto se dio esto que integrantes de muchas organizaciones se preguntaban si el objetivo era desmovilizar totalmente el Foro. Porque lo que se escuchaba también en sus países cuando se hablaba de la Conferencia era para meter miedo, y con eso se apuntaba a debilitar la concurrencia de las organizaciones sociales y sus proposiciones a favor de un modelo diferente del actual, inclusivo e integrador. A pesar de todo, el Foro pudo decir y hacer lo suyo, aunque imaginamos con certeza que no se tocaría ni un punto ni una coma en la Conferencia al documento de consenso previo aceptado por los gobiernos.

Dice el refrán que para muestra basta un botón. Así lo vivenciamos el sábado en que finalizó el Foro de ONG. Ya entrada la noche, y cansadas de tanto trajinar, buscábamos un lugar donde comer. El señor del taxi, que decentemente decidió no clausurar su reloj, como sí habían hecho muchos de sus colegas para cobrar más, enumeraba a nuestro pedido algunos lugares económicos para saciar el hambre. Buscábamos comer los típicos tacos en sitios no turísticos. El nos mira y nos suelta en tono precavido que tuviéramos cuidado en la calle con las personas de las ONG, porque ya estaban sin dinero y, desesperadas de hambre, asaltaban a cualquiera. Así le había advertido una pasajera policía, agregando que lo despanzurrarían ahí nomás, por unas monedas. Las tres entrecruzamos miradas y leves sonrisas, le dijimos que nos parecían apreciaciones muy particulares de esa pasajera y que no se preocupara. Pero el señor estaba seriamente convencido, porque algo similar le habían comentado a otros compañeros. A eso le sumaba todo lo que se advertía por TV y claro, viendo a tres mujeres solas, sentía la obligación de ponernos al tanto. Lo que no sabía el señor, para su tranquilidad, obviamente, es que éramos miembros de esas organizaciones. Claro que dispuestas a pagar por nuestros tacos y sin intención de despanzurrar a nadie. Así era, gran parte del clima generado en torno a la reunión de ONG, mediante una sucesión de operaciones comunicacionales. Todo lo cual era acompañado por un despliegue de seguridad impresionante.

No cabe duda de que alrededor de esa Conferencia oficial y también del Foro se cifraron enormes esperanzas, como manifestó el secretario general de la ONU, quien no dejó de solicitar que se redoblaran los esfuerzos de los países desarrollados hacia los países en desarrollo, de modo concreto aportando 50 mil millones más de dólares para ayuda. Tema que está lejos, demasiado lejos de ser atendido por los respectivos gobernantes y los organismos internacionales de financiación.

Antes de dejar Monterrey, concluida ya la Conferencia, después de tantos discursos de ministros, presidentes, organismos financieros, empresarios y ONG, estaba cargando en exceso mi maleta con materiales de la Conferencia. Impactada por el retiro espectacular de Castro y el negativo resultado para la Argentina, me pregunté desde el centro de mi corazón y mi cerebro: ¿servirá para algo todo esto que se ha hablado y escrito? ¿Será posible un modelo distinto si todo continúa tal como lo vivimos en Monterrey? Porque, sin duda, lo más urgente y válido, que fue planteado descarnadamente por diversos países del Sur, por líderes sociales, por el Consejo Mundial de Iglesias y por el mismo secretario general, en su esfuerzo para atenuar la pobreza y el humillante dolor de millones de seres humanos, allí en Monterrey encontró una desarrollada variedad de audífonos descompuestos.




ENTREVISTA

OTRA VEZ *enamorado*

POR MOIRA SOTO

El dice que cierto coraje loco es propio sólo de las mujeres, pero hay que tener agallas para arriesgarse, de puro apasionado nomás, a hacer un primer largo como *Vidas privadas*: la más funesta e irreversible vuelta de tuerca relacionada con los horrores del Proceso. Representada por dos de sus víctimas directas, una madre que fue secuestrada estando embarazada y su hijo, nacido en cautiverio y del que se apropió un capitán de la Marina. En uno de sus contados viajes a Buenos Aires, Carmen, la protagonista, exiliada en Madrid y convertida en una suerte de autómata, mutilada afectiva y sexualmente, conoce a Gustavo, modelo en alza que se prostituye para mejorar su economía. Carmen y Gustavo son madre e hijo, pero no lo saben; o quizás Carmen lo intuye desde el principio, pero seguro que Gustavo no. No se trata aquí de revelar secretos de la trama del film, porque en *Vidas privadas*, como en la tragedia de Edipo que toma como referencia y de la que ofrece claras equivalencias, la suerte está echada desde el vamos.

Fito Páez, que ya había filmado un mediometraje inspirado en uno de sus temas, *La balada de Donna Helena*, se largó a dirigir *Vidas privadas*, que se estrena el próximo 25 de abril, sobre la base de un impecable guión que co-escribió con Alan Pauls, respaldado por muy buenos técnicos y por un elenco de primera (Cecilia Roth, Dolores Fonzi, Chunchuna Villafañe, Gael García Bernal, Luis Ziembrowski, Carola Reyna, Lito Cruz y Héctor Alterio).

Vidas privadas, dice Fito Páez, era una necesidad, su manera de contar la historia reciente, de contribuir a alguna forma de expiación y duelo. Páez, que tuvo su propio drama familiar y personal, sintió que estaba en condiciones y con derecho a realizar esta tragedia de perspectiva nacional. Su empeño lo llevó a invertir él mismo cuando le fallaron algunos productores, pero nada ni nadie lo detuvo en su decisión. Porque era algo más valioso e importante que el dinero lo que para él se jugaba en *Vidas privadas*.

Ahora habla con entusiasmo renovado de este proyecto hecho realidad, tirado sobre la alfombra de una suite del Alvear Palace Hotel que ha cedido este espacio para las notas, retorciéndose cada vez que le da un ataque de risa. A la camarera, que se excusa por no traerle algo que le había pedido, la tranquiliza: "No hay problema. Eramos tan pobres en Rosario, tomábamos mate secado al sol".

VENTILAR EL OCULTAMIENTO Y LA NEGACION

–En algún momento no te bastaron los medios de expresión artística –desde la composición, la interpretación, la escritura de temas– con los que te venías manejando, y necesitaste recurrir al cine. ¿Cómo se produjo este pasaje a otro lenguaje, distinto y a la vez emparentado con los que ya manejabas?

–Fue largo. Muchos años de relacionarme estrechamente con el cine, de haber estudiado a muchos directores muy en detalle, de Eisenstein y Griffith a Bresson y Favio... Después, claro, estuvo el minucioso trabajo en el guión de *Vidas privadas*, luego de la experiencia del mediometraje. Ya en este terreno fuimos viendo con Alan Pauls el cine que se podía relacionar, que podía enriquecer nuestra película. En realidad, hasta *Donna Helena* lo del cine era como un caprichito, un juguete nuevo, probarme algo a mí mismo. Cuando me pareció que funcionaba la cosa, y con Cecilia incentivándome, decidí ir para adelante. Y me apasioné absolutamente.

–¿Te convertiste en un cinéfilo total?

–Sí, de golpe me di cuenta de que habían pasado como cinco o seis años y no había escuchado música, no había comprado discos. Y que tenía un pilón así de cosas escritas sobre la protagonista de la película, y también sobre temas de cine que iba viendo y analizando. Loco total, autodidacto fervoroso, y a la vez tratando de procesar a nivel personal todos esos hallazgos para tomar lo que me podía servir como cineasta. Fue como un enamoramiento muy fuerte el descubrimiento de esta forma de expresión tan poderosa, con la que podía decir otras cosas. Cuando escribo en el '99 "La casa desaparecida", tema de doce minutos donde hablo de la Argentina, es como una ráfaga, no sé si llamarla poesía: ahí también comprendo que no puedo contar la película en una canción, que necesito otros elementos: imágenes, miradas, luz, movimiento: el cine.

–¿Tenías otras ideas dándote vueltas o *Vidas privadas* era tu obsesión excluyente?

–No, era sólo eso. No podía correr atrás de dos liebres, nada de proyecto alternativo ni de plan B. También es verdad que en el medio estaba grabando discos, haciendo giras. Pero, sin duda, *Vidas*... era mi obsesión. Seguramente no daba espacio a otro proyecto por tratarse de una historia tan fuerte, de tanta densidad. Exigía mucha concentración para cada personaje, cada palabra...

–¿En qué momento supiste que para contar la tragedia argentina ibas a aludir a la tragedia clásica más famosa, casi te diría popular aun para los que no la leyeron ni la vieron en cine o teatro?

–Sabés que yo llego a este relato por la historia de los mellizos Tolosa, que de todos los casos que conocí, fue el que más me impactó: los chiquitos secuestrados, sus padres asesinados, llevados por el comisario Miara, Abuelas los recupera dieciocho años más tarde y manda el caso a la Justicia que pide el ADN; el análisis da que son Tolosa, la Justicia decide que se queden con las Abuelas y los chicos dicen que no. Me pareció que era el colmo de la aberración, un cuadro que no es planteado en ningún manual. Empecé a pensar: la Argentina genera nuevas formas del horror. Y en el medio de todo eso, casi nadie dice nada sobre la Obediencia Debida, el Punto Final, salvo las organizaciones de derechos humanos, Madres, Abuelas, la parte más resistente de la sociedad en este punto, algunos intelectuales... Esto me llama mucho la atención porque, claro, nosotros somos un grupo que sale a festejar en masa a la calle cuando Argentina le gana a Inglaterra, pero cuando suceden injusticias tan intolerables, pocos se mueven. Algo terrible pasa acá, entonces. Y yo sentí que tenía que hacer algo con mis recursos contra la indiferencia, la inmovilidad... Que tenía que meterme de lleno con ese material, que no podía dejarlo pasar de largo.

–¿*Vidas privadas* es lo más arriesgado que has hecho en tu vida?

–No, lo más arriesgado de mi vida es mi hijo (grandes risas). Pero entiendo el sentido de tu pregunta. Como se sabe, yo tengo en mi vida personal una dimensión trágica muy terrible. Entonces, también se trataba de darle cuerpo a mi propio drama, sabía adónde iba: contaba con muchos elementos que me fueron conformando, dándome una dirección,



Se enamoró del cine y de cada una de sus actrices, incluso de la que ya lo estaba. En abril se estrena *Vidas privadas*, el primer largo de **Fito Páez**, en el que el rosarino se internó en una historia difícil, agria. Eso no lo intimidó sino todo lo contrario: estaba ávido de adrenalina, y parece que la consiguió.

una cierta seguridad. Por supuesto, en mi elección no entraba el cálculo de quedar bien o mal con tal o cual persona u organización. Sólo quería actuar honestamente, sin traicionarme, con los recursos que consideraba válidos. Después, bueno, yo no sé si alguien que se ofenda habrá leído o no a Osvaldo Lamborghini. Porque yo también trabajo bajo ciertas influencias literarias, poéticas, cinematográficas. Probablemente no vuelva a hacer una película tan extrema, seguramente la próxima será una comedia... Claro que sabía que trabajaba con un material muy delicado, muy siniestro, y mi experiencia y mi intuición me decían que podía moverme en esas aguas. Que no me era extraño nada de todo eso y que tenía que sacarlo a la superficie.

–Pero, más allá de sentirte con derecho y aptitudes, debés haber tenido conciencia de que te metías en una espesura de la que podías salir mal parado. Por otra parte, el incesto madre-hijo –salvo un toque en *Pasajeros de una pesadilla*– no es un tema con el que se haya atrevido el cine argentino.

–Sí, sin duda: me lanzaba a contar una tragedia local que entroncaba en "la" tragedia. Y es verdad que aquí el tema del incesto puede sonar más transgresor que en otros lugares, pero no me gusta que ese adjetivo se me aplique: no intento transgredir nada, es un punto de vista. No es una provocación lo mío: se trata de mostrar cómo una situación de enorme hipocresía, de ocultamiento, puede desencadenar un horror sin límites. Sin retorno, que es el punto que me interesaba. Porque cualquiera que haya sido afectado por una tragedia ya no vuelve a ser quién era. La vida se convierte en otra cosa, y yo sé de qué se trata eso.

–Es lo que le dice el padre a Carmen: "Usted ya es otra persona"...

–Sí, y ella le responde: "Soy una sobreviviente". Con todo lo que esta definición significa en su caso.

–¿Siempre supiste que el personaje principal de *Vidas...* tenía que ser una mujer?

–Sí, absolutamente. Era muy importante, te diría imprescindible que fuese una mujer, por el coraje con que las mujeres son capaces de avanzar en la tragedia, de tomar decisiones terribles. Ese coraje loco solamente lo tienen las mujeres, esa pasión, en este caso la de Carmen, de quemarse a sí misma.

–Digamos que el incesto verdaderamente tabú es el de madre e hijo, el que rompe el fundamento de la cultura patriarcal. Esa forma de incesto y asesinar al padre son las dos prohibiciones básicas, y en tu film se consuman ambas. Amén de que se podría mencionar una tercera, no comerse a los hijos, que en un algún sentido se viola en el film.

–Sí, en *Vidas privadas* se realiza todo (risas). Pongamos un poco de humor en medio del espanto... Pero sí, está todo sutilmente tergiversado: el padre es el padrastro, y en vez de arrancarse los ojos para no ver el mundo, este chico le pega un balazo para no seguir escuchándolo... No es una venganza, aclaro, es un crimen pasional. El horror como motor del horror. Creo que cuando se tira la basura debajo de la alfombra, en un momento el hedor es insoportable, y también creo que ahora lo estamos comprobando: que estamos padeciendo muchas cosas ligadas a esos años siniestros.

–Por cierto, *Vidas privadas* tiene un cuarteto femenino de peso decisivo en la historia: Carmen, la protagonista, extraña replicante de sí misma, acorazada, robotizada para sobrevivir; Ana, la hermana menor a la que se le ha negado la verdad, especie de hija sustituta que por su edad nació luego de haber sido secuestrada Carmen; la madre que no ha logrado conectarse afectivamente con sus hijas y ya las ha perdido cuando empieza la película; y en un plano segundo, pero muy sabroso, Roxana, la amiga fashion de Carmen.

–Ana, esa chiquita, está como fascinada con la hermana, de la que siempre oyó hablar. Ana es la posibilidad, la única luz en la caverna, digamos: ella está dispuesta a saber, a revisar, a enfrentar la verdad, a no dejarque pase algo semejante con sus futuros hijos... La madre ha sido cómplice del padre en el encubrimiento, ambos son infames. Y están todos tocados por la vuelta de Carmen, incluyendo a Alejandro Rosenberg, el que fuera vecino de celda. El padre quiere cerrar la historia: si Carmen vende ese departamento donde vivió con su marido, el viejo gana: "Al final se cumplió lo que le dije, que ese judío de mierda la iba a volver loca". Por supuesto, esto está implícito, pero él quiere clausurar la historia a su favor, sin abrir debate. Qué te puedo decir, los viejos Uranga son francamente terribles.

–Pero eso sí, tratan de mantener la fachada hasta el final...

–Sí, la madre intenta mantenerse espléndida caiga quien caiga. Desde luego, ella sabe de ese nieto, sabe que está vivo, le ha mentido largamente a Ana. Y cuando el marido se le ha muerto, se le suicida Carmen y Ana parte, se la ve haciéndose la reina con el whisky en la mano, medio borracha por el pasillo.

–En ese cierre hay algo terrorífico: ella queda en un sentido emparedada, como en un relato de Poe, como la misma Condesa Sangrienta tapiada en su propio castillo...

–Ah, sí, sí. Todo muy señorial, pero se cae a pedazos. Chunchuna está divina en ese personaje. Bueno, no es la única que está perfecta, yo estoy muy orgulloso de mis actrices y de mis actores. Pero ya que estamos en Las/12, quiero decir que me enamoré de todas, y creo que ellas se enamoraron de mí. Y eso es muy bueno mientras dura el rodaje. De una de ellas, claro, ya estaba –y sigo– enamorado, pero ése es otro cantar, aparte de que la venero como intérprete...

–¿Cómo eligen los textos que Carmen hace leer para excitarse?

–A Alan se le ocurrió la idea de leer en cámara, ir de los textos de Joyce a la mujer y hacer como un degradé: lo que se lee va siendo cada vez menos porno, va yendo hacia lo amoroso. Nos interesaba la fuerza de la palabra como estímulo.

–Por otra parte, Carmen se ha vuelto puro cerebro, elude todo contacto físico.

–Sí, claro, nada más que cerebro. ¿Viste cómo se toca en un momento, como si se pegara? Ni siquiera hay un regodeo placentero. Todo doloroso.

–¿Fue muy duro filmar esas escenas?

–Fue bravo, sí, sobre todo para Cecilia. Acá el foco era: yo quiero que esta sexualidad sea dolor, no quiero transmitir placer. Fue todo un tema resolver cómo filmábamos esas escenas, dónde pongo la cámara, cómo la muevo, qué corto después... Como te decía, el sentido no era calentar, se lo decía a Cecilia. Lo que quería que agarrase el espectador es que esa mina no la estaba pasando muy bien, la veía como a un mutilado que está intentado malamente disfrutar. Como un eunuco tratando de hacerse la paja. No quería provocar el morbo del público sino, a través de la conducta de ella, contar su pasado. Ella ha quedado minusválida. También está la forma del departamento que elige para encontrarse que reproduce en cierta forma una celda de la ESMA. El investigar tanto, el conocer testimonios espeluznantes hizo que ya nada me asustara al desarrollar esta historia. Porque se han hecho cosas diabólicas, el horror en su grado mayor. Tenía que hablar de esto. En cualquier tribu perdida se mueren algunos de sus integrantes, los entierran, la tribu acepta, simboliza la muerte y sigue adelante. Pero aquí desaparecieron miles que quizás no son tus parientes, pero son parientes de tu vecina, y la gente como si nada. Acá hay algo muy oscuro y negador. Yo era muy chico y lo percibía. Es un drama enorme que se ha extendido como ondas concéntricas. Es un duelo muy grande el que hay que hacer, a mí lo que me inquieta es la nula reacción generalizada. No me creo con una misión reparadora, pero sí estoy convencido de que si ciertas cosas no se sacan, te comen, te enferman, te pudren.





la somelier del T

Inés Berton, 29 años, argentina, fue llamada "La Nariz" por un diario norteamericano que le hizo una nota sobre su especialidad: **es catadora de té**, una de las "once narices" mundiales en condiciones de guiarse sólo por el olfato para descubrir la composición de una mezcla o la procedencia de una hebra.

POR SANDRA CHAHER

Una vez le hicieron una nota en un diario norteamericano titulada *The Nose* (La Nariz) y ella se murió de vergüenza porque la nariz es uno de sus complejos estéticos. También le da pudor contar que "se dice que en el mundo hay sólo once narices" especializadas en té: ocho hombres y tres mujeres que pueden reconocer cada hebra de cada región del mundo. Se los llama perfumistas, catadores, someliers. Una especie rara que circula por mercados de (a veces) taimados orientales, que como antiguos alquimistas se regodean en la prueba de nuevas mezclas, y que coordinan con exclusivos chefs de todo el mundo el té que le prepararán para su exclusiva carta. Ella, Inés Berton, argentina, 29 años, es el retoño mimado de este excéntrico grupo.

A los 22 años se fue de Argentina con un pasaje de una semana a Nueva York. Consiguió trabajo en el Guggenheim Soho y se quedó. Justo debajo del museo estaba el local de T Emporium, una de las casas de té más importantes de Estados Unidos. Después de unos meses estaba agotada del ritmo frenético de Nueva York, de trabajar muchas horas por poca plata, del estrés. "Y un día entré a T Emporium y dije 'Es esto. Es la gente con la que quiero estar.' Lo sentía totalmente mi lugar. No era que me encantara especialmente el té, pero yo tenía el olfato naturalmente muy desarrollado y cuando llegué ahí me di cuenta de que reconocía todo, podía decir 'esto tiene esto, esto lo otro', y la dueña, que me conocía del museo, me dijo que por qué no me iba a trabajar con ella. Y dije 'bueno, probemos'. Y me vieron llegar... la niña entre todos estos hindúes que jugaban al póker en la parte de atrás de la tienda. Al segundo día me empezó a ir bien, creo que ésa fue la parte latina que más usé, eso de hacerte tu lugar estés donde estés. Eran todos hombres, un ambiente bastante intenso, y a las cuatro semanas estaba como manager del lugar." Parece el relato de un sueño heroico... hasta en el final. El héroe, en este caso la heroína, deja su pueblo, crece, tiene experiencias que la transforman, y vuelve madura a su aldea para prodigarse. Porque hace un año, cuando todavía no estábamos en declarada quiebra económica e institucional, Inés quiso volver. "Puede sonar idealista –dice buscando palabras que no suenen naïves– pero sentí que en un momento en que estaba todo mal y todos trataban de irse, quizá podía volver y hacer algo, dar una mano." Vuelve a sonar heroico, pero como toda heroína Inés no volvió ingenua ni desprevenida. Llegó y armó su propia marca, *tealosophy*, que comercializa sobre todo en el exterior. Se transformó en exportadora en el mejor momento económico para hacerlo y, si bien sus tés se venden en algunos lugares selectos de Buenos Aires, no depende de los vaivenes de la economía local. Acaba de estar dos meses en Nueva York trabajando con su ex jefa y maestra, Miriam Novelle, la dueña de T Emporium; ubicando sus *blends* (mezclas) en hoteles como el Delano, de Miami, o el Waldorf Astoria, de Nueva York; y con lo que ganó puede vivir el resto del año en Buenos Aires.

VERDE DELICIOSO

Inés es como una perla, un lujo exótico. Con una caja de Twinnings costando ocho pesos, sus mezclas aún no tienen precio. Esta nota se hizo el día que el dólar se estampó en cuatro pesos, imposible que diera un estimado de cuánto costaría, por ejemplo, una latita del brebaje exquisito que sirvió durante la entrevista (hebras de quién sabe dónde, caramelo y vainilla –una combinación pensada para los que quieren dejar el café, por la similitud de los sabores–). No tiene local propio ni sabe si quiere instalarlo todavía. Para ubicarla basta mandarle un mail a *inesberton@hotmail.com*, desde el misterio de esa virtualidad ella da información y arregla envíos. Para Navidad, algunas familias porteñas se dieron un gusto casi extinguido: regalar cajitas con tés especiales. Inés contrató dos motos que no paraban de hacer envíos. "El té es un súper lujo, pero un lujo accesible. Si pensás que muchas de las mezclas que yo hago son de darjeeling, que es como el champagne del té, y que de cada planta sólo se sacan las dos hojas más tiernas y se necesitan 2700 hojas para medio kilo, te das cuenta de que no es tan caro."

Cada una de las once "narices" tienen su especialidad. La de Inés es el té verde, que no es más que el té negro sin haberse oxidado. El té negro que conocemos en Occidente surgió azarosamente al trasladarse la mercadería en barco desde China a Gran Bretaña. Salía verde de Oriente, llegaba negro a Occidente, por el contacto con el aire. Todas las varientes de té: el blanco, verde, rojo, negro, azul, oolong, vienen de la misma planta, sólo que tienen diferente tiempo de fermentación. "Yo trabajé en una investigación con el Memorial Hospital de Nueva York porque el té verde es preventivo del cáncer, rico en antioxidantes, muy bueno para la piel. En Argentina recién se lo está conociendo. La gente lo toma y me dicen 'es imposible'. Entonces ¿cuál es mi trabajo acá? Hacer una mezcla con algo que tu paladar reconozca, como manzanilla y cascarita de naranja. O hice uno que se llama *Victorian Garden* que es una base de té negro y verde, con rosas, lavanda y un toque de vainilla. Tu paladar enseguida va a grabar los otros sabores y al té verde de a poco lo vas adquiriendo." El té verde se puso de moda en el mundo cuando se conocieron sus efectos sobre la salud, y coincidió con el auge de medicinas alternativas.

La revolución este año es el té rojo, pero no el que viene de Oriente, sino uno que viene de Sudáfrica, que en realidad no es té sino una raíz llamada roibus que crece en un volcán. No tiene cafeína (ideal para una sociedad ávida de antídotos para el estrés), ayuda a la circulación "y tiene un cuerpo perfecto", agrega Inés, que logra un sabor exquisito mezclándolo con rosas, naranjas y cedrón del sur de Francia. "En verdad –confiesa–, yo me veo llevando el té a otro nivel, descontracturándolo. La gente estaba acostumbrada al té de las cinco de la tarde. Mi idea es que sea un estilo de vida, que lo tomes a toda hora, para acompañar una comida, para hacer un jabón, que uses saquitos de té relajantes para la bañera, que cocines con té... o hagas tragos, un Bellini, que es champagne con té helado; té helado frío con papaya; un Green Tea Margarita bien frío. El té como una filosofía de vida, por eso *tealosophy*; para mí tiene que ver con la historia, es algo muy zen, una forma de ser, una tranquilidad, es gente con la que te gusta estar. "

SABER PARARSE

Así como es raro que exista alguien como Inés en Buenos Aires, también es particular el lugar donde vive. Barrio Norte, donde la calle Melo apenas empieza, en el PH del fondo de una construcción antigua. La escalera hace pensar en un palomar, en un altillo cálido. Así es. Un monoambiente de techos altos que ella transformó en dos plantas, y una terracita que monitorea una palta gigante. En la planta baja, estanterías con libros de té y arte, teteras de diferentes







la somelier del Té

Inés Berton, 29 años, argentina, fue llamada "La Nariz" por un diario norteamericano que le hizo una nota sobre su especialidad: es catadora de té, una de las "once narices" mundiales en condiciones de guiarse sólo por el olfato para descubrir la composición de una mezcla o la procedencia de una hebra.

POR SANDRA CHAHER

Una vez le hicieron una nota en un diario norteamericano titulada *The Nose* (La Nariz) y ella se murió de vergüenza porque la nariz es uno de sus complejos estéticos. También le da pudor contar que "se dice que en el mundo hay sólo once narices" especializadas en té: ocho hombres y tres mujeres que pueden reconocer cada hebra de cada región del mundo. Se los llama perfumistas, catadores, someliers. Una especie rara que circula por mercados de (a veces) taimados orientales, que como antiguos alquimistas se regodean en la prueba de nuevas mezclas, y que coordinan con exclusivos chefs de todo el mundo el té que le prepararán para su exclusiva carta. Ella, Inés Berton, argentina, 29 años, es el retoño mimado de este excéntrico grupo.

A los 22 años se fue de Argentina con un pasaje de una semana a Nueva York. Consiguió trabajo en el Guggenheim Soho y se quedó. Justo debajo del museo estaba el local de T Emporium, una de las casas de té más importantes de Estados Unidos. Después de unos meses estaba agotada del ritmo frenético de Nueva York, de trabajar muchas horas por poca plata, del estrés. "Y un día entré a T Emporium y dije 'Es esto. Es la gente con la que quiero estar.' Lo sentía totalmente mi lugar. No era que me encantara especialmente el té, pero yo tenía el olfato naturalmente muy desarrollado y cuando llegué ahí me di cuenta de que reconocía todo, podía decir 'esto tiene esto, esto lo otro', y la dueña, que me conocía del museo, me dijo que por qué no me iba a trabajar con ella. Y dije 'bueno, probemos'. Y me vieron llegar... la niña entre todos estos hindúes que jugaban al póker en la parte de atrás de la tienda. Al segundo día me empezó a ir bien, creo que ésa fue la parte latina que más usé, eso de hacerte tu lugar estés donde estés. Eran todos hombres, un ambiente bastante intenso, y a las cuatro semanas estaba como manager del lugar." Parece el relato de un sueño heroico... hasta en el final. El héroe, en este caso la heroína, deja su pueblo, crece, tiene experiencias que la transforman, y vuelve madura a su aldea para prodigarse. Porque hace un año, cuando todavía no estábamos en declarada quiebra económica e institucional, Inés quiso volver. "Puede sonar idealista –dice buscando palabras que no suenen naïves– pero sentí que en un momento en que estaba todo mal y todos trataban de irse, quizá podía volver y hacer algo, dar una mano." Vuelve a sonar heroico, pero como toda heroína Inés no volvió ingenua ni desprevenida. Llegó y armó su propia marca, *tealosophy*, que comercializa sobre todo en el exterior. Se transformó en exportadora en el mejor momento económico para hacerlo y, si bien sus tés se venden en algunos lugares selectos de Buenos Aires, no depende de los vaivenes de la economía local. Acaba de estar dos meses en Nueva York trabajando con su ex jefa y maestra, Miriam Novelle, la dueña de T Emporium; ubicando sus *blends* (mezclas) en hoteles como el Delano, de Miami, o el Waldorf Astoria, de Nueva York; y con lo que ganó puede vivir el resto del año en Buenos Aires.

VERDE DELICIOSO

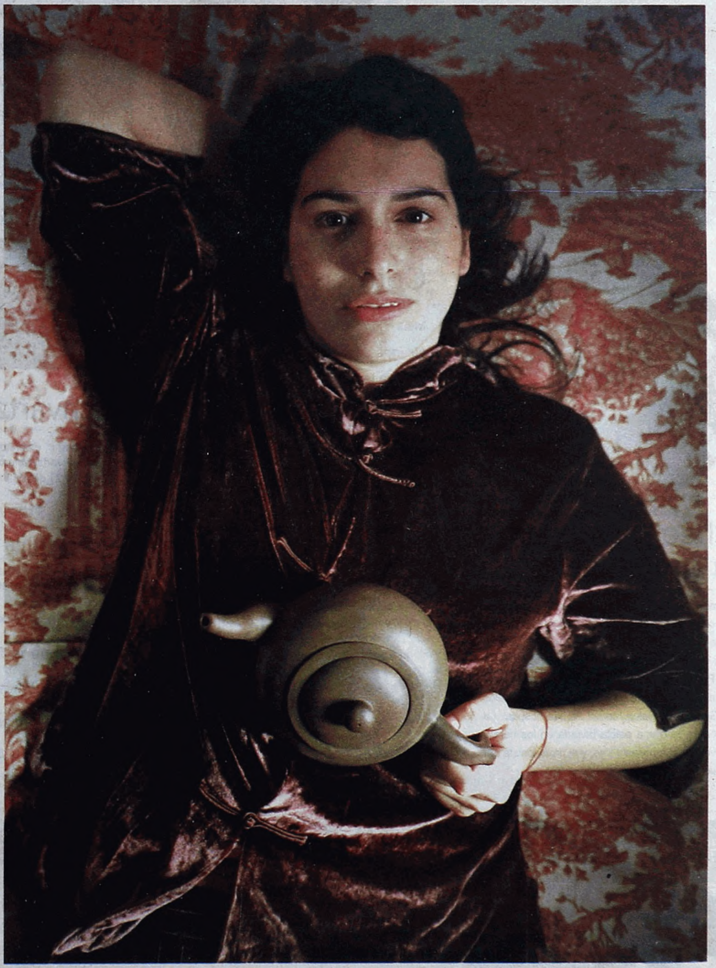
Inés es como una perla, un lujo exótico. Con una caja de Twinnings costando ocho pesos, sus mezclas aún no tienen precio. Esta nota se hizo el día que el dólar se estampó en cuatro pesos, imposible que diera un estimado de cuánto costaría, por ejemplo, una latita del brebaje exquisito que sirvió durante la entrevista (hebras de quién sabe dónde, caramelo y vainilla –una combinación pensada para los que quieren dejar el café, por la similitud de los sabores–). No tiene local propio ni sabe si quiere instalarlo todavía. Para ubicarla basta mandarle un mail a *inesberton@hotmail.com*, desde el misterio de esa virtualidad ella da información y arregla envíos. Para Navidad, algunas familias porteñas se dieron un gusto casi extinguido: regalar cajitas con tés especiales. Inés contrató dos motos que no paraban de hacer envíos. "El té es un súper lujo, pero un lujo accesible. Si pensás que muchas de las mezclas que yo hago son de darjeeling, que es como el champagne del té, y que de cada planta sólo se sacan las dos hojas más tiernas y se necesitan 2700 hojas para medio kilo, te das cuenta de que no es tan caro."

Cada una de las once "narices" tienen su especialidad. La de Inés es el té verde, que no es más que el té negro sin haberse oxidado. El té negro que conocemos en Occidente surgió azarosamente al trasladarse la mercadería en barco desde China a Gran Bretaña. Salía verde de Oriente, llegaba negro a Occidente, por el contacto con el aire. Todas las varientes de té: el blanco, verde, rojo, negro, azul, oolong, vienen de la misma planta, sólo que tienen diferente tiempo de fermentación. "Yo trabajé en una investigación con el Memorial Hospital de Nueva York porque el té verde es preventivo del cáncer, rico en antioxidantes, muy bueno para la piel. En Argentina recién se lo está conociendo. La gente lo toma y me dicen 'es imposible'. Entonces ¿cuál es mi trabajo acá? Hacer una mezcla con algo que tu paladar reconozca, como manzanilla y cascarita de naranja. O hice uno que se llama *Victorian Garden* que es una base de té negro y verde, con rosas, lavanda y un toque de vainilla. Tu paladar enseguida va a grabar los otros sabores y al té verde de a poco lo vas adquiriendo." El té verde se puso de moda en el mundo cuando se conocieron sus efectos sobre la salud, y coincidió con el auge de medicinas alternativas.

La revolución este año es el té rojo, pero no el que viene de Oriente, sino uno que viene de Sudáfrica, que en realidad no es té sino una raíz llamada roibus que crece en un volcán. No tiene cafeína (ideal para una sociedad ávida de antídotos para el estrés), ayuda a la circulación "y tiene un cuerpo perfecto", agrega Inés, que logra un sabor exquisito mezclándolo con rosas, naranjas y cedrón del sur de Francia. "En verdad –confiesa–, yo me veo llevando el té a otro nivel, descontracturándolo. La gente estaba acostumbrada al té de las cinco de la tarde. Mi idea es que sea un estilo de vida, que lo tomes a toda hora, para acompañar una comida, para hacer un jabón, que uses saquitos de té relajantes para la bañera, que cocines con té... o hagas tragos, un Bellini, que es champagne con té helado; té helado frío con papaya; un Green Tea Margarita bien frío. El té como una filosofía de vida, por eso *tealosophy*; para mí tiene que ver con la historia, es algo muy zen, una forma de ser, una tranquilidad, es gente con la que te gusta estar. "

SABER PARARSE

Así como es raro que exista alguien como Inés en Buenos Aires, también es particular el lugar donde vive. Barrio Norte, donde la calle Melo apenas empieza, en el PH del fondo de una construcción antigua. La escalera hace pensar en un palomar, en un altillo cálido. Así es. Un monoambiente de techos altos que ella transformó en dos plantas, y una terracita que monitorea una palta gigante. En la planta baja, estanterías con libros de té y arte, teteras de diferentes orígenes, bolsas de papel madera con mezclas recién traídas de la aduana, cajitas con jabones de té, sahumerios de té, y latas con los nombres de cada delicia. "Está todo desordenado, llegué recién hace tres días –se disculpa varias veces–. Además mi casa de verdad la tengo armada en Nueva York, en el West Village." Ahí Inés aprendió todo lo que sabe. Miriam Novelle fue una maestra generosa en la enseñanza de los perfumes y las mezclas más aromáticas y además liberó a su pichón para el vuelo. T Emporium y tealosophy están casi asociadas, al menos no se pisan los clientes. De todo lo que aprendió con Novelle, probablemente el mayor desafío haya sido manejarse en el mercado del té. Inés no viaja a Oriente a comprar las hebras sino que las partidas llegan en buques al puerto de Nueva York. "Cuando llegan los grandes barcos de carga con todos los bengalíes, la gente que viene directo de las cosechas, yo me instalo en el barco a comprar las bases. Voy siguiendo todo el año cómo van las cosechas. Este año por ejemplo hubo un tifón en Japón y es un muy mal año para el té verde, entonces nos inclinamos hacia otra cosa. O si veo que hay algo particular en el mercado y tengo un cliente que me está pidiendo algo muy especial... busco según para quién estoy comprando. Muchas veces, además de lo que comprás para vos, trabajás para brokers que venden a distintas casas. Ahora, cuando el barco de carga está ahí, lo primero es poder entrar. Como mujer, al principio tenía que ver cómo lo hacía, porque es un mundo cerrado, gente de Oriente. Pero hoy ya es mi mundo en cierta manera, ya sabés lo que les vás a pedir, ellos conocen tus caprichos. El té es un mundo muy noble, donde no hay mucho papel, hay palabra y mirada, a la gente de la tierra no le firmás un documento. Si quedaste en algo sabés que tu lote llega impecable. Se siguen manejando como hace milenios, y tenés que aprender a entrar y que te respeten. Podés abrir una caja y encontrar orégano o porro, le pasó a todo el mundo alguna vez. Hasta que sabés perfecto con quién dar, donde comprar, dónde estás parada."



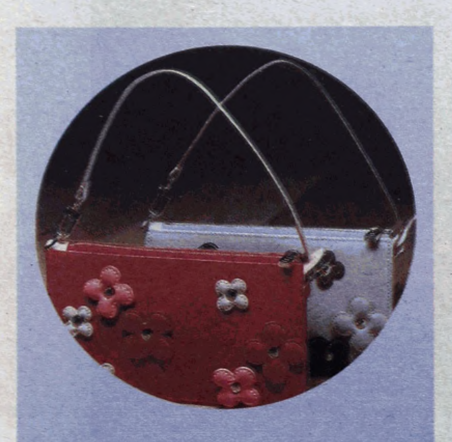




FOTOS: PABLO PIOVANO



orígenes, bolsas de papel madera con mezclas recién traídas de la aduana, cajitas con abones de té, sahumerios de té, y latas con os nombres de cada delicia. "Está todo desordenado, llegué recién hace tres días –se disculpa varias veces–. Además mi casa de verdad la tengo armada en Nueva York, en el West Village." Ahí Inés aprendió todo lo que sabe. Miriam Novelle fue una maestra generosa en la enseñanza de los perfumes y as mezclas más aromáticas y además liberó a su pichón para el vuelo. T Emporium y ealosophy están casi asociadas, al menos no se pisan los clientes. De todo lo que aprendió con Novelle, probablemente el mayor desafío haya sido manejarse en el mercado del té. Inés no viaja a Oriente a comprar las hebras sino que las partidas llegan en buques al puerto de Nueva York. "Cuando llegan los grandes barcos de carga con todos los bengalíes, la gente que viene directo de las cosechas, yo me instalo en el barco a comprar las bases. Voy siguiendo odo el año cómo van las cosechas. Este año por ejemplo hubo un tifón en Japón y es un muy mal año para el té verde, entonces nos inclinamos hacia otra cosa. O si veo que hay algo particular en el mercado y engo un cliente que me está pidiendo algo muy especial... busco según para quién estoy comprando. Muchas veces, además de o que comprás para vos, trabajás para brokers que venden a distintas casas. Ahora, cuando el barco de carga está ahí, lo primero es poder entrar. Como mujer, al principio tenía que ver cómo lo hacía, porque es un mundo cerrado, gente de Oriente. Pero hoy ya es mi mundo en cierta manera, ya sabés lo que les vás a pedir, ellos conocen us caprichos. El té es un mundo muy noble, donde no hay mucho papel, hay palabra y mirada, a la gente de la tierra no le firmás un documento. Si quedaste en algo sabés que tu lote llega impecable. Se siguen manejando como hace milenios, y tenés que aprender a entrar y que te respeten. Podés abrir una caja y encontrar orégano o porro, le pasó a todo el mundo alguna vez. Hasta que sabés perfecto con quién dar, donde comprar, dónde estás parada."



Delikatessen

Siempre fueron inalcanzables, de modo que ahora son casi de otro mundo: un mundo carísimo que queda lejos. Pero a modo de información, vaya el dato: Vuitton lanzó su nueva colección de carteras, cada vez más innovadoras y menos previsibles. Las últimas traen flores de cuero aplicadas, o minicollages. Hay unos monederos increíbles y una cartera búho surrealista.



Barock

La tendencia de maquillaje que Givenchy presenta esta temporada se llama "Barock Attitude", y como su nombre lo indica no tiene nada de flou ni de soft ni de light. Con Lou Doillon hija de la inolvidable Jane Birkin como modelo, la línea apuesta a la sofisticación y la sensualidad, que derivan tanto del barroco como del rock, los dos ejes temáticos en los que se inspira. El packaging de la colección es deslumbrante. Los colores, subidos.





Taller

Silvia Brewda lleva adelante el taller infantil y juvenil de artes plásticas. Enseña dibujo, pintura, cerámica, papel maché, grabado y construcciones. Informes, en el 4863-4310.



Cheeky y la zooterapia

La marca de ropa infantil lanza esta temporada una campaña en la que el eje es la relación de las chicos con sus mascotas. El escenario elegido para el lanzamiento es el Hospital General de Niños Pedro de Elizalde (ex Casa Cuna), para apoyar, así, el Programa de Zooterapia con Animales del Servicio de Salud Mental de ese hospital. La colección tiene una paleta basada en los naranjas, verdes, turquesas y lilas, y el protagonista por excelencia es el viejo y querido denim.

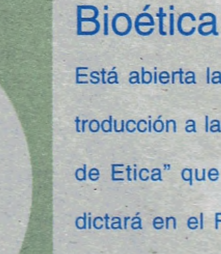
Cerezas

Miss Ylang-Maybelline acaban de lanzar su línea de maquillaje WineDivine, que celebra la combinación entre el color cereza y el color chocolate. Berries y borravinos, dorados, beiges y tostados en todas sus gamas se desparraman por labios, mejillas y párpados.



Schvartz

"Norte Negro" es el nombre de la nueva muestra de Schvartz, abierta en el Recoleta desde el 5 hasta el 21 de abril. Sala 4.



Bioética

Está abierta la inscripción al curso "Introducción a la Bioética y a los Comités de Etica" que la Dra. Florencia Luna dictará en el Flacso a partir del 10 de abril. Hay otros seminarios especializados. Informes, en Ayacucho 551 o en el 4375-2435/2438.



Cullen

Mercedes Cullen inaugura el 11 de abril su instalación "Habitantes de la Pampa" en el Centro Cultural Recoleta. Se puede ver hasta el 28 en la Sala 11.

Diosas

Marcela Fernández Vidal coordina un taller de reflexión y escritura para mujeres, al que dio por nombre "Escribir a través de las Diosas". Siete diosas de la mitología griega sirven de eje motivador desde el cual se estudian técnicas narrativas. Informes, en el 4924-1704.

WILFREDO LAM *en retrato*



El 8 de diciembre se cumplen 100 años del nacimiento del pintor surrealista Wilfredo Lam. Quien fuera su compañera en el París de la década del '50, Sara Sluger, planea fundar en su casa de San Telmo un Centro de Documentación sobre el artista y sus contemporáneos.



POR MARÍA MORENO

Era el París de los años '50. Ya no estaba Hemingway a la cabeza de una hilera de jeeps cuyo destino sería liberar el Ritz de los nazis, ni Fitzgerald comparaba su pene con el de las estatuas. La modelo Kiki había envejecido y Colette estaba paralizada en su lecho de Palais Royal, pero la ciudad seguía siendo divertida. Sara Sluger era entonces una traductora y profesora de francés argentina, que junto a los artistas Juan Andralis y Wolf Roitzman componían un trío de amigos. La bohemia era longeva, pero seguía viniendo acompañada por el hambre y la ausencia de baño. El ragú equivalía al caviar. Simón Feldman y Aurelio Macci se bañaban en los baños públicos. Las papas del restaurante griego de Saint Germain eran más grandes que el cordero. ¿Qué importaba? En París seguía estando *todo el mundo* y *todo el mundo* pasaba por el taller de André Lot. Entonces, Sara conoció a Wilfredo Lam. Era quizás más exótico que el Fujita de los años '30, con su nuca rapada y su flequillo: el mulato chino más famoso de París, ciudad de la que iba y venía, pero a la que, durante la guerra, sólo se animó a abandonar cuando los nazis entraban a través del Arco de Triunfo; el guajiro surrealista que había hecho en *plan cadáver exquisito* un tarot dirigido por Breton desde *Le Brûleur du Loup*, mientras 300 intelectuales esperaban en Marsella el buque del capitán Paul –Lemerle que los llevaría a la Martinica–, los nazis seguían detrás; el invitado preferido de los condes de Baumont; un genio tímido que, con la cabeza, nunca salió de Cuba.

–¿Era un buen conversador?

–Era el único conversador de París.

Sara Sluger planea crear en su departamento de San Telmo un centro documental dedicado al hombre con el que vivió cinco años y del que conserva 35 cartas, fotos personales, dibujos originales, bocetos y hasta las boletas de un grabador Grundig y una máquina de escribir que el pintor le regaló en los años '50. Eso no es todo, pero está en el desorden correspondiente a los amores tumultuosos y al estilo de Sara, a quien le resulta muy difícil, mientras relata a borbotones su vida, conservar juntos el encendedor, el paquete de cigarrillos y el documento con que intenta dar fe de lo que dice. En la biblioteca del departamento, bien visible, hay una foto: un primer plano de la pierna de Sara en donde hay dibujado un niño. No es de Lam sino de Picasso, una obra fácil de transportar, desgraciadamente efímera bajo el agua y el jabón. "Me la hizo en su taller de Vallauris con un bolígrafo. Para pintarle la boca al niño me pidió el lápiz de labios."

Sobre la manera en que Sara conoció a Wilfredo Lam hay dos versiones: la de ella y la de Juan Andralis.

"Juan Andralis y Wolf Roitzman estaban sentados en el Café Royal, que era nuestro cuartel general, con Wilfredo Lam, al que yo no conocía. Me siento yo también y digo: '¡Hola!'. Ellos siguieron hablando como si yo no estuviera. A la media hora me dio tal bronca que me levanté y me fui." Según Andralis, el trío estaba comiendo en un restaurante griego. En la mesa de al lado se hablaba en español. Al cabo de un tiempo, los parroquianos se fueron y un hombre quedó solo. Seguramente, al escuchar también hablar en español, se acercó a la mesa de argentinos y les preguntó de dónde eran. Entonces, según Andralis, entre él y el hombre se produjo el siguiente diálogo.

–Somos argentinos. ¿Y usted?

–Cubano, acabo de llegar.

–¡Ah! Yo soy un admirador de un gran pintor cubano del que tengo todos los libros y catálogos.

–¿Cómo se llama?

–Wilfredo Lam.

–Soy yo.

La anécdota es vulgar. Según Sara, una crítica la consideró "demasiado surrealista para ser verdad".

¿Cómo intimó con Lam? ¿Lo consultó sobre cómo colocar uno de los Picasso recién *salidos del horno* y que aquel grupo de estudiantes pobres quería vender para sobrevivir? "Desde el principio, el nombre de Picasso estuvo entre nosotros. Aquella vez le llevé el último Picasso y puede decirse que tomamos el último café. Porque después me invitó a cenar y a ver la película *Candilejas*, de Chaplin, que se daba en uno de los cines de Champs Elysées. Nos encontramos en un café. Recuerdo que garuaba con esa lluvia finita de París que no para. Al salir del café, directamente llovía. El restaurante quedaba a diez cuadras. Yo era demasiado tímida como para sugerir un taxi. Lam me hizo caminar las diez cuadras bajo la lluvia, sin paraguas. ¿Sabés adónde me invitó a cenar? A un restaurante que se llama *Aux rendez-vous des chauffeurs*, que era donde iban a comer los taxistas. '¿Por quién me habría tomado?', pensé después. El ya era famoso, sus cuadros se vendían bien. Pero me gustó. Ese día no quedamos en ningún futuro concertado. Yo vivía en el 7º piso de un hotel que tenía ascensor y un teléfono interno en cada cuarto, lo que entonces era un lujo. En esa época de miseria creo que muchos estaban esperando que me mudara o que me muriera para ocupar ese cuarto. Un día sonó el teléfono. Era él: '¿Sabés por qué te llamo?'. Le dije: 'Porque encontraste el número en tu libreta, no sabías de quién era y querías confirmarlo'. '¿Cómo lo sabes?'."

Lam era un hombre tímido cuyas cartas de amor consistían en preguntarse por qué no mandaba cartas de amor y en decorarlas con dibujos y faltas de ortografía maravillosas porque estaban dibujadas. A pesar de tener más de cincuenta años, la primera vez que le dio un beso en la mejilla a Sara, que entonces tenía 28, lo consideró un auténtico acto de arrojo. "Se puso tan colorado como un chico de quince años. Después me dijo: '¡Ah, soy un salvaje!'. Ahora los pintores jóvenes de París, cuando me saludan con un beso, me dicen: *'Je suis sauvage!'*."

Sara aprovechó el ingenuo llamado telefónico para invitar a Wilfredo Lam a cenar.

–Yo casi no tenía vajilla, sólo un cajón con un calentadorcito. Y nada de plata. Pero una periodista de *Elle* me había dado una receta de arroz blanco con salsa de almendras, que en París eran muy baratas. ¡Justo al hijo de un chino y de una mulata se me ocurre cocinarle arroz! Cuando llegó, ya lo tenía preparado. Imaginate, ¡no se puede tenerlo hecho! Era el arroz engrudo que solíamos preparar todos y que aún acá se sirve en los mejores restaurantes. El tipo entra, siente el olor a comida. Me entrega la botella de vino. Va al fondo, mira el arroz, me mira a mí y dice: "¿Tiene más?". Menos mal que me había quedado. Agarró *mi* arroz y lo tiró al *lavabo*. Luego cocinó él. No hacía arroz sino perlas.

–¿Cómo es el arroz a la Lam?

–Se lava el arroz con agua fría. Se pone a fuego fuerte, tapado. Cuando está casi hecho, todavía durito, se lo escurre, se lo rocía con aceite –eso es lo que lo vuelve brillante–. Luego se lo vuelve a poner a fuego muy bajito y con un papel encima. Toda la humedad del vapor queda en el papel y cada grano separado como una perla. Ese es el arroz a la Lam. Ahora es el arroz a la Sara. Después Lam nunca me dejó cocinar. No me dejaba hacer ni el *borsch* ruso judío.

El amor entre Sara Sluger y Wilfredo Lam fue tempestuoso. Ella a menudo se tienta con relatar anécdotas que la llenan de ira, pero aspira a convertir su casa en un Centro de Documentación dedicado al hombre de cuyo nacimiento se cumplen 100 años el 8 de diciembre. Y eso que la ingenuidad de Lam podía ser muy hiriente: en una de las cartas a Sara, la llama "Hélène", que era el nombre de su ex esposa.

las convivencias forzadas de la crisis


ANA D'ANGELO

La psicoanalista Haydée Toronchik trató en muy poco tiempo varios casos que hablan de la actualidad argentina: parejas con hijos que, apretadas por el desempleo, deben volver a vivir con sus padres. El trance no es emocionalmente gratis ni fácil, pero hay maneras de pilotearlo como para pagar la menor cantidad de costos posible.

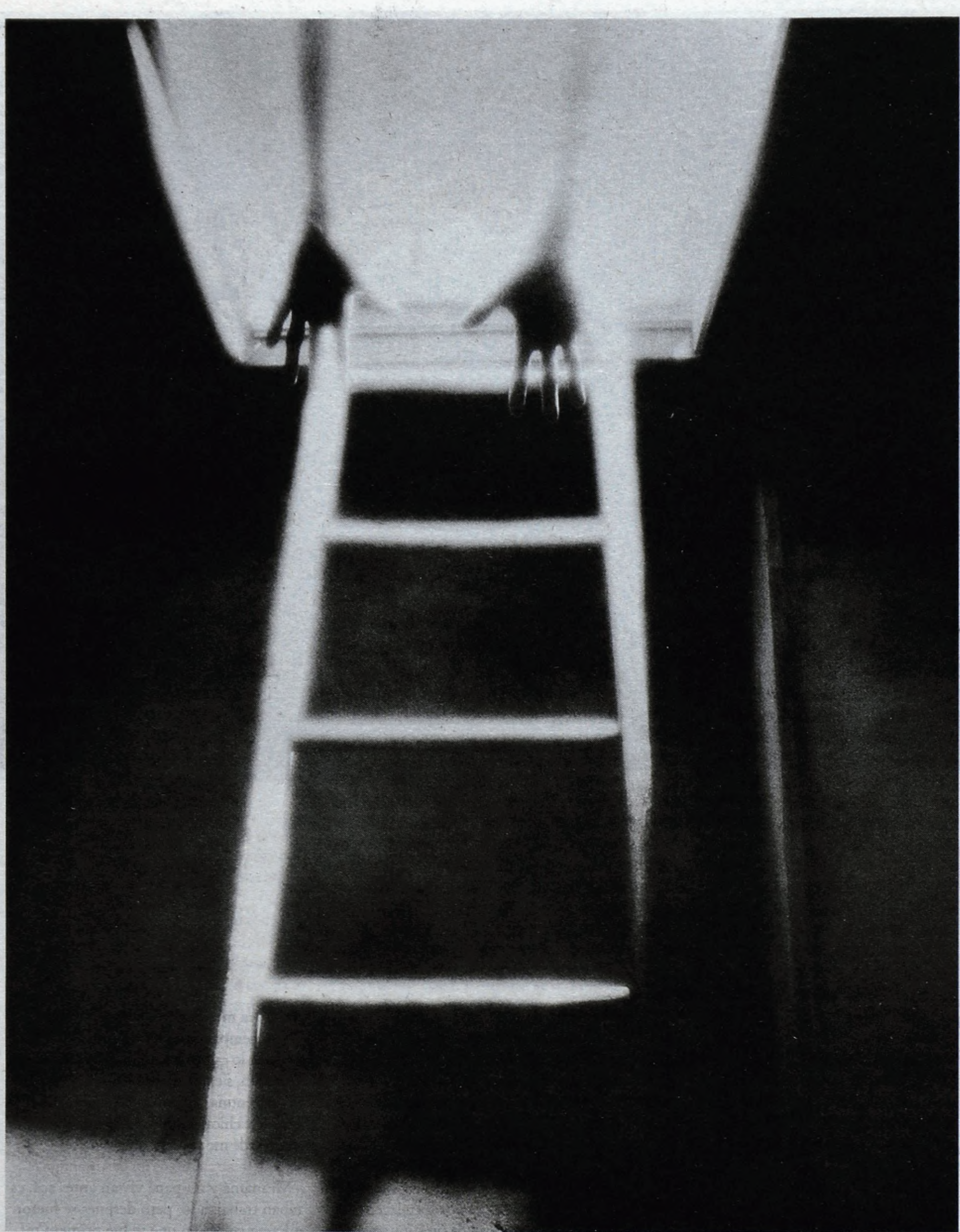
POR SANDRA RUSSO

La psicoanalista Haydée Toronchik está sorprendida, casi apabullada por la seguidilla de casos que la crisis le trajo hasta su consultorio de Palermo: en tres meses recibió a seis parejas, de diversas edades, que por la fuerza bruta de las circunstancias conocidas debían abandonar sus casas y mudarse, o bien a la casa en la que uno de sus miembros había vivido de soltero, o bien, en un caso en el que trató a una pareja de adultos mayores, a la de uno de sus hijos. En todos los casos, dice Toronchik, la caída en picada y el horizonte de una mudanza forzada, con todos los sentimientos de humillación y fracaso que produce, hizo que al menos uno de los miembros de esas familias, niño o adulto, presentara síntomas físicos. Los más comunes fueron migrañas o alergias. Cada familia es un mundo y en cada uno de esos pequeños mundos debió internarse la psicoanalista para ayudar a quienes de un lado y del otro, tanto mudándose como recibiendo a los mudados, estaban viviendo ese trance como lo que es: un pasaje penoso a una situación que ninguno de ellos hubiese elegido, algo que se impone y contra lo que todos se rebelaban. Así y todo, algunas claves en el tratamiento grupal de esas familias le permitieron sacar conclusiones que tal vez puedan ser útiles a otros.

"Primero llegó una pareja poco armónica, con muchas discusiones, mucha tensión entre ellos. Tenían dos hijos, de siete y nueve años, que habían empezado a tener problemas escolares. El marido trabajaba hacía años como cuentapropista, tenía una fotocopiadora. Desde que se casaron, vivían en un departamento alquilado. También era alquilado el local de la fotocopiadora. Vienen a consultarme, porque él había llegado a la conclusión de que no podían seguir pagando el alquiler ni de la fotocopiadora ni del departamento. No tenían recursos. En la primera entrevista, con mucha angustia, él plantea la situación. Ella se pone furiosa. Está muy tensa, no quiere hablar del tema. Desde hace un mes ella ha vuelto a tener una alergia de piel que no tenía desde niña. Está toda brotada. Cuando yo le pregunto, ante su furia, si ella ve otra alternativa que la que ofrece el marido, que es ir a vivir a la casa de los padres de ella, dice que no. El marido la acusa de portarse como 'una nena caprichosa'. Los padres de ella están dispuestos a recibirlos, incluso en el negocio del padre de ella el marido puede poner la fotocopiadora. Pero ella dice que no quiere saber nada, y también dice que se siente 'muy humillada'. Después salió a la luz una antigua rivalidad entre ella y su hermana, que está en una buena situación económica. Los padres de ella son gente razonable. Los cité y vinieron aquí, y dijeron comprender el mal momento que está pasando su hija. El tema que debimos trabajar en este caso, en función de esta mujer, fue cómo recuperar el orgullo personal, en qué cosas uno basa su orgullo. Poco a poco, entre la pareja y los padres de ella, fuimos hablando y aclarando el panorama: sí había cosas que ella había dejado de hacer, cosas baratas o gratuitas, como cursos de pintura, por ejemplo, que ahora, mudándose a lo de sus padres, podía retomar. Yo les pedí a todos que hicieran por escrito un contrato lo más detallado posible sobre la futura convivencia: cuanto más amplio ese contrato, mejor. Qué día iba a salir el matrimonio mayor, qué día la pareja joven, quién iba a cocinar, qué días, quién se iba a ocupar de la limpieza, quién decidía el menú, cómo se repartirían los gastos, en fin, todo lo más claro posible. Los veo un mes después; ya están mudados. Todavía están tensos, pero se sienten mejor".

Toronchik reflexiona sobre este tipo de mudanzas de clase media, vividas como un fracaso por gente que se siente acorralada mucho más allá del tema bancario. El pasaje de la familia ampliada a la familia nuclear fue tan sólido, "que ahora si tenés veinticinco años y vivís con tus padres te miran raro". Es casi imposible pasar por eso sin una sensación de derrota. En estos casos de caída social, los hombres, dice la psicoanalista, experimentan un sufrimiento enorme por no poder seguir funcionando como proveedores familiares para su esposa y sus hijos, mientras las mujeres suelen sufrir porque se sienten responsables no del estado económico de la familia, sino del estado emocional: si su familia no es feliz, se echan la culpa. Estas situaciones, además, traen la mayoría de las veces regresiones de sentimientos o conflictos que en la adolescencia no se resolvieron. Eso fue muy visible en el siguiente de los casos.

"Vino otra pareja con una historia parecida. Al marido le bajaron la mitad del sueldo y su trabajo peligraba. Tienen una nena de seis años. Todavía tienen unos pequeños


FOCUS

ahorros, pero no quieren esperar a haberlo perdido todo. Están pensando en mudarse a la casa de los padres de ella, pero ella dice, cuando vienen a verme, que tiene mucho temor de que su padre y su marido peleen, porque siempre han rivalizado. En esa familia, la madre y ella han sido siempre las contemporizadoras entre el padre y el marido de la hija. Les planteo que hagamos las cosas de otro modo: que esta vez, el padre y el marido arreglen primero sus cuestiones a solas, que se digan todo lo que tengan que decirse, sin la presencia de las mujeres, y que entre ellos dos decidan si es posible o no que la pareja joven se mude a la casa de la pareja mayor. Los hombres se citan en un bar varias veces. La condición es que no cuenten nada a sus mujeres sobre lo que hablan o discuten. Es algo entre ellos. Finalmente, después de peleas y mucho hablar, viene el padre a decir aquí que se siente muy bien, porque esta vez ha podido decir todo lo que piensa, que ha podido controlar su hostilidad él solo, y que cree que van a poder convivir razonablemente bien. Vienen la madre y la hija, y escuchan esto. Instantáneamente ellas dos empiezan una pelea increíble, a los gritos. Yo no podía creer lo que escuchaba. "Vas a dejar todo tirado", le gritaba la madre. "Me vas a hinchar todo el día", le gritaba la hija. Les hice notar que estaban discutiendo como una madre de una adolescente y una adolescente. La hija ya es una mujer adulta, pero estaba actuando como una adolescente. Casi automáticamente se dieron cuenta las dos de lo que estaba pasando. Las dos vivían una regresión, estaban instaladas nuevamente en la relación que habían tenido quince años antes".

En estos casos, no solamente los que deben mudarse experimentan sentimientos encontrados: también los padecen quienes deben recibir en su casa a una familia ya formada. Interrumpir la propia intimidad para ayudar a un hijo en problemas es un tema que debe ser trabajado con la mayor honestidad, aclara Toronchik, pero para eso es necesaria, a veces, la ayuda de un tercero que permita pronunciar palabras a veces impronunciables. Eso se ve en este caso.

"Una pareja joven, con un bebé. A ella no le renovaron el contrato en la universidad y él es escribano: hace meses que no escritura nada. Piensan irse a vivir a la casa de los padres de ella, que es cómoda y tiene espacio, pero ella dice que pese a que sus padres le dicen que sí, ella percibe que lo hacen de mala gana. Cito a los padres de ella y, efectivamente, este matrimonio mayor me dice que adoran a su hija y a su nieto, que también con el yerno se llevan bien, pero que a esta altura de la vida la sola idea de convivir con un bebé les resulta completamente insoportable. Tienen sus ritos, sus horarios, su tranquilidad. Habían hablado con amigos, lo habían hablado mucho entre ellos, pero decían: ¿cómo se le dice a una hija en problemas que uno no desea convivir con ella? Estaban profundamente angustiados. Les dije que pensaran si existía alguna otra posibilidad, pero que era necesario, si no la había, franquear esto, hablarlo. Bueno, lo hablamos con la hija y su marido. La chica primero se puso muy, muy triste, pero después les dijo que los comprendía, porque ella tampoco quería irse a vivir con ellos, ni criar a su bebé delante de su mamá. Una semana después, vinieron los padres: unos amigos de ellos tenían una casa en un country y no la podían mantener, de modo que estaban dispuestos a cederla a cambio de que alguien pagara los servicios. Los padres ofrecieron, entonces, mudarse ellos a la provincia, al country, y dejarle al matrimonio joven la casa familiar de Capital. Este caso tuvo un final bastante afortunado".

Finalmente, el último caso que trató Toronchik fue a la inversa: "Un matrimonio mayor, de clase media, había decidido achicarse el año pasado para vivir más cómodamente su vejez. Se mudaron a un departamento más chico y la diferencia de dinero fue al banco. Quedó en el corralito. No tienen recursos, no pueden pagar el alquiler ni la prepaga. Tienen dos hijos varones. La reunión entre todos fue terriblemente angustiante, porque nadie puede zafar de sentirse mal. El hijo con la casa más grande va a recibir a sus padres y el otro va a pagar la prepaga. No sé cómo terminará este caso, porque es vivido por todos con muchísimo dolor", afirma la psicoanalista.

Toronchik afirma que en todos los casos ella intentó poner las prioridades sobre la mesa: lo más importante es que ningún miembro de esa familia pase hambre, o no tenga techo, o tenga frío. Todo lo demás se puede trabajar. "Es importante que todos acepten que nadie quiere dar algo a cambio de nada, y que es más honesto plantearse esas mudanzas como algo transitorio, inevitable a veces, pero manejarlas de modo tal que todos sientan que han ganado algo. Los que llegan y los que reciben." Gastos compartidos, obligaciones compartidas, momentos de intimidad asegurados por ese contrato en el que Toronchik insiste. "¿Cómo manejar el tema del sexo, por ejemplo? ¡Si es difícil con chicos, imaginate con padres! De modo que aunque no se hable puntualmente de eso, es necesario que cada pareja tenga un día de intimidad, o salidas que les permitan a los más jóvenes estar a solas, pedir casas prestadas, ir a hoteles. Como sea, pero esa intimidad hay que preservarla", dice. Se trata de acuerdos múltiples, trabajosos, picantes, que trajo la crisis con su oleada terrible. Pero incluso sabiendo todo esto, hay maneras para timonearla lo más piadosamente posible para uno y para los que uno quiere.

CINE

ROSADELEJOS

Rosa Sánchez, paraguaya, camarera en una parrilla, es la protagonista de *Bolivia*, la nueva película de Adrián Caetano. Para ella, la Argentina siempre fue el lugar al que quería llegar, y por ahora no piensa en volverse como muchos de sus compatriotas, porque, dice, "me gusta acá".

POR SOLEDAD VALLEJOS

En la imagen blanco y negro de *Bolivia*, la película de Adrián Caetano estrenada esta semana, Rosa está llegando tarde, pero pareciera que todos notan el desliz menos ella. Acaba de bajar del taxi de uno de los clientes, entra en el bar ignorando todas las miradas que la persiguen, pasa por detrás del mostrador, se pone el delantal. El dueño del bar le recrimina la falta, ella susurra "me quedé dormida" sin mirarlo y empieza a atender las mesas. Si sigue ahí, respirando el aire viciado de tensión de la parrilla, es para conseguir dinero con qué pagar el pasaje de vuelta a Paraguay y nada más. La Argentina, como le dirá al nuevo parrillero mientras almuerzan, ya no es lo que ella esperaba; para estar así, prefiere estar en su tierra donde, al menos, nadie la discrimina y no está lejos de su familia.

Bajo la luz opaca de una tarde porteña, Rosa Sánchez dice que está nerviosa por el estreno de la película, que por un tiempo se había olvidado de haberla hecho y sólo continuaba en contacto con Héctor Anglada, el actor que se hizo conocido por *Pizza, birra, faso*, recientemente fallecido. Que, desde el rodaje de *Bolivia*, algunas cosas han cambiado para ella: ya no trabaja como empleada doméstica, es madre, pudo comprar su casa, traer a dos de sus doce hermanos a vivir ("trabajar") en la Argentina. Sabe que este país ya no es el mismo que la hipnotizó aun antes de llegar en busca de algún futuro. Porque ella llegó "sola, sola, sola, estuve sola igual que en la película", pero, más allá de toda crisis, no se le cruza por la cabeza la idea de volver como la Rosa del film: "Pienso que yo elegí esto para vivir".

En lo que alguien llamó "nuevo cine argentino", los límites entre las vidas de los personajes y las vidas privadas de los actores son difusos, de una debilidad que termina por fortalecer terriblemente la historia. Los presupuestos mínimos, y una suerte de tratamiento neorrealista, naturalista sin necesidad de dogmas artificiosos à la Von Trier, se conjugan con la participación de actores no profesionales como Rosa, que llevaba algunos años trabajando de empleada doméstica al momento del rodaje. Durante los '90, para algunos la Argentina era otro lugar, un poco más acogedor, levemente menos hostil que ahora. Un peso valía un dólar, y el dinero que ella ganaba por sus horas en casas de familia terminaba de confirmar la hipótesis que la había arrancado de Paraguay apenas cumplidos veinte años: que éste era su lugar para estar. Eligió algunos recuerdos de su infancia y adolescencia en Ciudad del Este, aprovechó que alguien le ofrecía alojamiento en Flores y decidió que 1992 era un buen año para modelar la vida que quería.

–Yo siempre quise ser argentina. Quería conocer lo que mi mamá y mi papá siempre hablaban, siempre hablaban bien, "Argentina, Argentina, Argentina". Siempre me gustaba. De chica, siempre, yo decía: "Cuando sea grande me voy a la Argentina".

–¿Qué te atraía tanto de la Argentina?

–Mi mamá y mi papá vivían antes acá, estaban trabajando, pero después se fueron a Paraguay. Creo que se fue primero mi papá y después mi mamá, que estaba embarazada de mí. Y después, otra vez que estaba embarazada se volvió a Paraguay definitivamente. O sea que para tener los hijos se fue a Paraguay. O sea que cuando era bebé yo estuve acá. Yo, cuando me enteré, dije: "Ay, mamá, ¿por qué?, ¿por qué? ¡Yo ahora sería argentina!". Luego yo decidí para dónde ir. Y después, cuando tenía 18 años, le dije: "Un día de estos voy a ir". Y me vine a los 20. Me gustaba, escuchaba lo que hablaban y me gustaba. Cada vez que mi mamá contaba, yo decía: "Ay, ¿por qué no estuve ahí?".

No sentía fascinación por ningún lugar en especial, por ningún modo de vida. No vino corriendo a ver el Obelisco ni La Boca ni ninguno de los supuestos atractivos turísticos del país. Cuando Rosa habla de

DANIEL JAYO



la Argentina, parece querer hablar, en realidad, de la posibilidad de una satisfacción económica que en Paraguay, a pesar de haber tenido empleo, no tenía.

–Quería venir porque me gustaba. En ese tiempo se ganaba más acá que allá, allá se ganaba menos. Yo estaba trabajando en un negocio de venta de compact disc y casetes, y me vine para acá. Ahí ganaba muy poco, pero acá se ganaba mejor, mucho mejor.

–Cuando finalmente viniste y te instalaste en esa casa de Flores, ¿qué fue lo primero que hiciste? ¿Qué tenías muchas ganas de hacer?

–Primero de todo quería comprar mi casa.

Dice y se larga a reír de su propio apuro. Acababa de llegar, no sabía de qué podía trabajar ("no sabía hacer nada"), era muy joven y estaba lejos de su familia, pero la falta de ambición a la hora de ponerse metas no era la suyo.

–Lo primero que compré fue eso, y después empecé a comprar otras cosas... para la casa.

A dos semanas de haber llegado

a su Eldorado personal, Rosa estaba aprendiendo los deberes de una empleada doméstica. Y seguía en ese rubro cinco años después, cuando un buen día la señora de una de las casas le dijo que si se animaba a hacer la película. "Le dije que sí, qué sé yo, pero después no sabía cómo era. La señora era la esposa del productor de Adrián (Caetano), y ahí me dijo."

–¿Habías hecho algo de teatro?

–No.

–¿Cómo se te ocurrió decir que sí?

–Ni idea. Después, un día charlamos con Adrián, me contó cómo era la cosa, más o menos. Y le dije que sí. Como yo no soy profesional, lo primero me costó mucho.

–¿Qué era lo que más te había gustado cuando te contó la historia?

–Qué sé yo. Lo que no me gustó nada fue...

Rosa se ruboriza, la sonrisa se convierte en carcajada y se tienta cada vez que intenta seguir hablando. Por el tono de infidencia adolescente que va tomando el rubor, puede ser que tengan algo que ver las escenas sexuales con Freddi, el personaje del parrillero. Rosa, la de *Bolivia*, debía ir a bailar con él, tomar algunas cervezas, llevarlo a su pensión, esquivar algunos avances, aceptar otros, quizás amanecer en la misma cama.

–Lo que no me gustó fue el tema del amor, digamos. Yo decía: "¡¿Cómo voy a hacer?!". Esas partes, sí. "¿Esto tengo que hacer yo?" –actúa de sí misma–. "¿Y cómo tengo que hacer?" ¡Me daba una vergüenza! Aparte, ¡me daba vergüenza besar a un tipo! Una, si no está acostumbrada, le cuesta. Cuesta, cuesta. Todo el tiempo, cuando estábamos haciendo la película, me venía eso a la cabeza, ¡ay!

–¿Y cómo te convencieron?

–Y... una, cuando está ahí, ya no puede decir que no. Aparte, la señora me dijo que me ayudaba, ¿cómo le iba a decir que no?

Tener que repetir escenas

cuando justamente su parte había salido bien era lo único que le molestaba durante el rodaje ("repetir, repetir, eso me ponía muy nerviosa"). En cuanto se acostumbró al clima, a las personas, a estar frente a la cámara, "fue una diversión, éramos como una familia, uno cargaba al otro, fue así, lindo".

–Yo me sentaba a hablar con (Enrique) Liporace, con Freddi, con todos, compartía un poquito de cada cosa con todos. Yo hablaba de todo, me llevaba bien con todos.

–Después de haber hecho la película, ¿tuviste ganas de seguir actuando?

–Y... no sé. Yo siempre digo que nunca soñé con esto, nunca pensé. Y por ahí, si viene alguno... Será como *Bolivia*, digo siempre. Si viene, viene, bienvenido sea. Pero de buscar, yo no creo.

–¿No te interesó?

–Si uno estudia es una cosa, si no estudia otra, pienso yo. Héctor (Anglada) me hablaba y me decía: "Vos sí que sos una loca, querés trabajar nomás; si yo fuera vos, estudiaría; yo voy a llegar, ya vas a ver a dónde llego". Porque antes no trabajaba en ninguna otra parte, estaba en *Pizza, birra, faso* y en *Bolivia*, no estaba trabajando todavía con Adrián Suar ni nada. Me decía: "Yo voy a llegar, vas a ver, vas a ver, ya voy a llegar adonde yo quiero". Era un chico muy humilde. Cuando lo conocí, no tenía tantas cosas, no. Un día, después de mucho, le dije: "Héctor, ¿vos sos igual ahora o más agrandado?". "¡No, Rosa!, ¿cómo voy a ser más agrandado?" Siempre me contaba de la abuela, porque él antes vivía con la abuela. Me contaba y yo le dije: "Ahora que estás bien, tenés que traerla para que viva con vos". Me dijo: "Yo le dije que venga conmigo, pero siempre se quiere quedar en la casa" (en Córdoba). Ahora vamos a ver qué pasa con *Bolivia*, digamos.

Hasta Paraguay llegó la noticia del estreno; Rosa había avisado a su familia por teléfono, y lo confirmó cuando fue a visitarlos ("tampoco se puede ir cada tanto, menos ahora que el dólar está alto"), a principios de este año. "Todos están contentos", dice antes de reafirmar su decisión de quedarse en la Argentina cuando montones de inmigrantes están deshaciendo el camino.

–Irme, hasta ahora, no pienso, no me gustaría. Primero, porque no sé cómo me voy a desenvolver ahora. Cuando tenía 20 años era otra cosa, y yo aprendí muchas cosas acá, no tengo por qué quejarme. Yo tengo mi casa, por suerte. Hay gente que vive por ahí pagando un alquiler. Yo tengo mi casa, no es un chalet de lujo ni nada, pero es mi casa, yo no pago alquiler ni nada, estoy en mi casa. Por ahí, si soy vieja, me iría, pero siempre de chiquita me gustaba la Argentina.



ciudadana **de otro reino**

La enfermedad es el lado nocturno de la vida, una ciudadanía más cara", dice tan certera como siempre Susan Sontag en el ensayo *La enfermedad y sus metáforas*. "A todos, al nacer, nos otorgan una doble ciudadanía, la del reino de los sanos y la del reino de los enfermos. Y aunque prefiramos usar el pasaporte bueno, tarde o temprano cada uno de nosotros se ve obligado a identificarse, al menos por un tiempo, como ciudadano de otro lugar." A la ciudadana Emma –protagonista del reciente estreno *La fuerza del corazón*–, felizmente embarazada de cinco meses, después de enterarse a través de una ecografía de que espera a una niña, le cae encima la otra –siempre indeseada, en este caso, doblemente– nacionalidad: en una revisación de rutina, el médico descubre un bulto sospechoso en un pecho.

Punción, hallazgo de células malignas, indicación del especialista de interrumpir la gestación porque, supuestamente, existe riesgo de malformación al hacer rayos y quimio. Emma está anonadada, su compañero le sugiere buscar otra clínica, otros médicos. Cuando la enfermera la consuela diciéndole que podrá tener otros hijos, Emma le responde: "No quiero a otros, quiero a ésta". Y Emma tendrá a esa hija, a la que llamará Juliette, gracias a no quedarse con la primera opinión médica.

Plenamente respaldada por Simon, encarando con franqueza, humor e incluso alguna coquetería los tramos del nuevo tratamiento que le propone un equipo humanizado de médicos, lejos de la clásica soberbia de esa profesión, Emma da a luz a su niña, una dicha que atenúa el efecto de la mastectomía posterior. Sin embargo, las pruebas no han terminado y la madre deberá encontrar en ella nuevas reservas de coraje. Durante este recorrido de pocos meses, más allá de ciertos altibajos iniciales, Emma y Simon se fortalecen como pareja al afrontar la incertidumbre, el miedo, el dolor, la esperanza. La entereza y la dignidad de Emma contagian a Simon. En un punto, sin llegar a la tragedia, este film de Solveig Anspach –cineasta francesa de treintipico, nacida en Islandia– se relaciona con *Tierra en penumbras* –de Richard Attenborough, con maravilloso guión de William Nicholson– no sólo porque soslaya toda demagogia sentimental sino porque coincide con aquel film inglés en que la felicidad encierra el dolor, así como el dolor forma parte de la felicidad.

No por azar, Anspach dirigió varios documentales antes de *La fuerza del corazón*, su primer largo de ficción. De ficción hasta ahí, porque este film tiene muchos rasgos autobiográficos: la realizadora pasó por el trance que narra, escribió un diario durante el curso de su enfermedad y luego decidió llevarlo al cine. Su experiencia como documentalista así como el saber en carne propia de qué está hablando, le han permitido a Anspach realizar un film tocante, honesto, bello y necesario. Esta última cualidad no alude a ninguna intención didáctica, pero la verdad es que *La fuerza*... deja buenas ideas para disponer de ella cuando nos toque –ojalá más tarde que temprano– asumir esa otra ciudadanía: desde tomar iniciativas hasta hacerse oír por los médicos, desde elegir a conciencia hasta aceptar el respaldo de gente que te quiere. Siempre tratando de no dejar de lado el humor, del color que sea. Y sin aprovecharse porque, como le señala Simon a su mujer, "estar enferma no te da derecho a todo".

A años luz de producciones epidérmicamente lacrimógenas como *La fuerza del cariño, Cosas que importan* o *Quédate a mi lado, La fuerza del corazón* destila una elegancia del espíritu que probablemente acrisoló Solveig Anspach durante su propio tratamiento. Karin Viard, de una exquisita contención, y Laurent Lucas, de una ternura que deja entrever sutilmente la procesión que va por dentro, contribuyen a la sobresaliente calidad de este estreno.



LASUELTA

Una no se da cuenta de hasta qué punto está atada hasta que no se topa con una suelta. Las sueltas arrebatan a las atadas, las trastornan, les ponen en evidencia lo bruto y lo indignante de sus lazos. Hay dos tipos de sueltas y hay dos tipos de atadas.

Primer tipo: están las sueltas de carácter, las de espíritu desanudado, las relajadas de músculo y de mente, las imaginativas, las creativas, las verborrágicas, las que no necesitan tema de conversación para conocer gente, las que avanzan cuando cualquier bicho les pica y tienen ganas de algo, las espontáneas que no le tienen miedo ni al ridículo ni al cuco, las de risotada en la punta de la lengua, las vivarachas que aprovechan cada oportunidad. A esas sueltas les corresponden las atadas que piensan dieciocho veces el chiste que van a contar en una fiesta, evalúan si les saldrá bien el remate, esperan a que nadie esté hablando para meter su bocadillo y terminan sin empezar, porque al final deciden que mejor no lo cuentan porque después de todo es un mal chiste. Las que cuando algún tipo les gusta no pasan del saludo y el rubor púber que les mantiene selladas las mandíbulas. Las que, pobres, pasan por agresivas o mala onda cuando están aterradas porque les va a presentar a alguien que ellas admiran o porque creen que no son merecedoras de la atención de nadie.

Segundo tipo: están las sueltas de piel y de pareja, las que están por iniciar el mejor día de sus vidas, las que prueban lo que sea que les venga en gana, las que se entregan a sus propios cuerpos, las que no dan explicaciones, las que improvisan viajes cortos, las que se animan a animarse, las que no piensan en el futuro de sus relaciones amorosas porque están demasiado ocupadas disfrutándolas ahora. Las que siguen participando. Las que, o porque no tienen pareja o porque tienen pero no les importa, están disponibles para algún buen bocado. A esas sueltas les corresponden las atadas que corren para llegar a hacer la cena, las que no sólo serían incapaces de ser infieles sino que ni siquiera pueden jugar mentalmente a serlo. Las que han domado sus sentidos y etiquetado sus pensamientos con el apellido del señor con el que se han casado, o en algún caso las que, pobres, ni siquiera se han casado pero nunca pudieron descasarse de mamá o de papá, que las criaron tan limpias y tan cuerdas que ahora las chicas no se perdonarían el menor de los lapsus.

Las atadas envidian a las sueltas con una fuerza tan grande, que sólo es superada por la envidia que algunas sueltas sienten por algunas atadas.